

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

PERSONAJES, PERSONAS
Y PERSONILLAS
QUE CORREN POR LAS TIERRAS
DE AMBAS CASTILLAS

Recopilación de personajes proverbiales y explicación de su origen.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín,
gala y orgullo de las letras españolas,
su admirador y amigo

LUIS MONTOTO

POR VIA DE PROLOGO

Fruto de algunos días de lectura, aunque fruto sin madurar, este libro es un ensayo para emprender la tarea de la composición de otro de más substancia y mayor alcance. Poco, muy poco puse en él de cosecha propia, y lo poco, cuya paternidad me pertenece, es de valor tan mínimo, que bien podría yo lanzar estas páginas sin nombre que las autorizara, cierto de que la curiosidad del público no sería tanta como para inquirir con diligencia quién fuese el padre de la criatura.

Mi labor no fué otra que colegir de la tradición oral y de las obras de nuestros clásicos, modos castellanos de decir, en que entra como componente, ó materia prima, un personaje que, si no tuvo existencia real, vivió en la fantasía del pueblo español.

Por muchos modismos dispersos que acopié, muchos más quedaron sin reunir; pero ni tuve paciencia para otra cosa, ni intenté armar la fuente, porque de ésta brotan aguas que derivan de un manantial inagotable.

Acudí á las colecciones de refranes más antiguas, que me brindaron con centenares de modismos; pero me negaron toda explicación las más veces, forzándome á discurrir por el campo de las conjeturas. Verdad es que en los tiempos en que Don Migo López de Mendoza y el Comendador

griego publicaron sus refranes, no era necesario explicar los modismos que andaban en labios de todos y por todos se aplicaban en su verdadero sentido; pero no lo es menos que, al correr de los días, fueron borrándose de la memoria de los españoles, y, como las hojas de la selva, cayeron los viejos al brote de los nuevos. Desaparecieron muchos de la conversación familiar, quedando no pocos en los escritos literarios, como fósiles que esperaban la mano del naturalista que los desenterrase, pero sin explicación y como enigmas del idioma. Desaparecieron frases de otros siglos, que estampadas se ven en las obras de nuestros escritores para desesperación del lector que está ayuno de lo que significan.

Cierto que Hernán Núñez quiso «declarar los refranes y traer la razón de ellos de los autores griegos y latinos;» pero si hemos de creer al maestro León, discípulo del Pinciano, éste ,emprendió su obra ya muy viejo, y cuando llegó á tener cogidos los refranes, que era la primera jornada, y quiso poner mano en la segunda, faltáronle las fuerzas y cargáronle las enfermedades; y con eso, viendo que en cosa de doctrina ya no podía aprovechar, quiso dar el fruto que podía; y los refranes que tenia allegados limólos y enmendólos, para aprovechar siquiera al pueblo, pues más no podía, y quitar de trabajos al que quisiese y pudiese emprender esta obra.»

El sevillano Juan de Malero acometió y llevó al cabo la empresa de explicar muchos modos de decir, y de él me amparé en ocasiones.

Párrafo aparte merece el *Vocabulario* del maestro Gonzalo Correa, dado á luz por la Real Academia Española en 1905. En él se contienen casi todos los modos de decir, frases proverbiales, reunidos en las colecciones anteriores, y muchos más cogidos por el autor, aunque sin explicación el mayor número, y, á humilde parecer, algo adulterado el texto primitivo, por error de copia. Este libro, al cual precede un razonado prólogo del Sr. D. Miguel Mir, tan pulido y

acicalado como todo lo que sale de la docta pluma de ese eximio escritor, me ha proporcionado material abundante para pergeñar mi obrilla; y si á las veces ha sido mi desesperación, siempre que omite el por qué del dicho proverbial, á las veces también me ha sacado de apuros. esclareciendo lo que yo veía turbio, ó haciéndome ver lo que antes no había visto.

Desde la publicación de *La Filosofía vulgar*, el estudio de los modismos fue desatendido. No faltan, sin embargo, colecciones de refranes, en que se deslizaron algunos; pero en ellas no está el mayor numero de las frases viejas, ni las registradas tienen explicación bastante.

En nuestros días se han aplicado á ese estudio escritores muy doctos, entre los cuales son dignos de mención Fernández-Guerra, Bastús, Monláu, Castro, Sbarhi, Rodríguez Marín, Monner-Sanz, Lope Barrón, Cavia, Cejador, Sacristán y Caballero, á cuyas obras acudí, tomando lo que á la mía aprovechaba, pero cuidando muy mucho de no engalanarme con las plumas de otros y nombrándolos siempre, para que el lector vea cuál es la fruta del cercado ajeno y cuál la que nació en mi humilde huertecillo.

Adrede huí de todo alarde erudito. Mi intento no fué ganar plaza de sabidillo, cosa que con poco esfuerzo se logra hoy entre el vulgo, gracias á los diccionarios enciclopédicos que nos llegan allende y aquende los Pirineos, sino reunir frases proverbiales y explicarlas, aportando al acervo común de la copiosísima lengua española el fruto de mis averiguaciones.

No siempre acerté en esa explicación; pero considera, lector piadoso, que cuesta mucho trabajo hinchar un perro, y que esto de explicar el sentido de frases que si fueron moneda corriente ha tres ó cuatro siglos, hoy ni se dicen ni se escriben, es tarea no menos peliaguda.

Tampoco me propuse averiguar el origen de las frases, cuándo y por qué se dijeron. Sobre que sería punto menos que pretender tocar el cielo con las manos, poco importan

esos orígenes cuanto sólo trato del valor del modismo como representación de ideas ó matices de ideas; y si dí cabida á particulares que con esos conocimientos se relacionan, fué por vía de sobremesa ó como entremés de las desabridas viandas con que te brindo.

Dije que es punto menos que imposible averiguar el origen de nuestros modismos, dijera mejor, del mayor número, y esta dificultad nace de la naturaleza misma del asunto. Así lo reconoció Malara, que discurrió no poco sobre la materia y en muchas ocasiones desistió de su empeño. «Quer­rer declarar todos los refranes—escribió— según ellos fueron inventados, sería locura, porque no me hallé yo junto á cada uno del que dió principio al refrán, sino que vamos en conjeturas. Y si no es esto (como decía un astrólogo en Salamanca todas las veces que leía teóricas de planetas) es cosa que le parece; y también que no quiero defender yo mi parecer á espada y capa, sino que el que mejor sintiere imprima á su parecer otro tanto.»

El eruditísimo D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, decoro de las letras españolas, vióse forzado á hacer análoga confesión. «Averiguar el origen de nuestros refranes—dijo— difícil empresa es, tarea ingrata y donde el juicio se embota perdido en arbitrarias conjeturas. Herederos los españoles del lenguaje figurado de los árabes; propenso el vulgo á convertir en proverbio cualquier frase que oye repetir muchas veces (las más sin fundamento), aficionados los pueblos á motejarse unos á otros con apodos, dicharachos é invenciones ridículas, recogió la multitud infinidad de modismos (que en no pocas ocasiones nacieron de un romance de ciego ó de un libro de caballerías) y formó una hueste de personajes imaginados. Tenía con esto un bordón en sus conversaciones, exponía fácilmente sus afectos, y simbolizaba las ridiculeces que, desconociendo las propias, censuramos en nuestros semejantes.

Ni doy tampoco crédito á muchos que pasan por orígenes de las frases proverbiales. No es necesario tener ojos

de lince para ver, hojeando los libros de Malara, Timoneda y Covarrubias, que el que se tiene por origen del modismo es un cuento de formación posterior á la frase. Así lo demuestra el que para un solo modismo hay varias historietas que lo explican, como pudiera haber otras muchas si sutiles ingenios discurriesen, dado el supuesto, para imaginar una fábula que lo confirmase. El *por qué se dijo*, de Timoneda, ésta ó aquella frase, no puede tener, ni en puridad tiene, otra autoridad que la que le reconozca el lector más ó menos contentadizo.

De ese afán, que aquejó á algunos en lo antiguo, y aún hoy aqueja á no pocos, de inquirir el origen de los modismos, se burló el agudo D. Francisco de Quevedo en su *Visita de los Chistes*; como el erudito Feijóo, tratando de la falibilidad de los refranes, salió al encuentro de quienes no confiesan otras verdades que las contenidas en los adagios, y declaran que sus sentencias son artículos de fe ó palabras que salieron de los mismos labios del Espíritu Santo, y no, como realmente son, juicios de los hombres, falibles, y muy falibles.

No creas, por tanto, lector discreto, cuando en este librito leas los orígenes de muchas frases, que yo los tomo como moneda corriente ó verdades inconcusas. Los recogí para que te solaces, y para que teniendo tú noticia de lo que otros discurrieron, puedas adelantar un paso en el camino de las disquisiciones. En este punto merece plácemes el Diccionario de la Lengua: sobrio dentro de los límites de lo prudente, sólo admite aquellos orígenes de cuya certeza no es juicioso dudar.

No, no es el origen de la frase lo que yo inquirí en este librejo. Dado á peregrinar por el campo de las conjeturas, fácil hubiérame sido, con un tantico de ingenio y otro tantico de buena voluntad, amén de una parte de malicia, y cuando todo esto no fuera bastante, con la ayuda de vecino, fácil hubiérame sido darte una docena de cuentos como fuentes de otros tantos modismos; pero eso pugna con

mi honradez, y á falsificar la plata y el oro, deslumbrándote con el brillo de esos metales preciosos, prefiero seguir acuñando monedillas de cobre, único metal de la obscura mina de mi ingenio.

Bueno será también que haga yo aquí una aclaración. Hasta hoy se confundieron los vocablos proverbio, adagio, refrán, frase vulgar ó proverbial, y modismo; y á poco que se considere, se cae en la cuenta de que si proverbio, adagio y refrán significan matices de un mismo concepto, entre estas voces y las siguientes, frase vulgar, frase proverbial y modismo, hay alguna diferencia.

No he de acudir á autores extranjeros en demanda de una definición cumplida de lo que por refrán se entiende en tierras castellanas, cuando á la mano tengo la que nos da Blasco de Garay en el prólogo de sus famosas Cartas. «No es otra cosa el refrán—dice—sino un dicho sentencioso á la vida muy necesario, manado de la experiencia en que cada día se prueba, de adonde viene á quedar en uso y saberse comunmente de muchos.» Por ser á la vida muy necesario, llámase adagio (*ad agendum apta*); por probarse cada día en la experiencia, es proverbio (*proverbium, probatum verbum*); por quedar en uso y saberse de muchos, se llama refrán (*a referendo*). Refrán, proverbio y adagio son una misma cosa.

¿Qué es el modismo? ¿Una dicción figurada, un dicho tropológico? ¿Qué le falta para ser refrán? La sentencia provechosa para la vida.

¿Por qué, pues, D. Migo López de Mendoza, el Pinciano, Malara y otros, confundieron bajo el nombre de refranes los dichos sentenciosos y los dichos tropológicos? No es difícil la respuesta: porque sólo pararon mientes en lo que les es común y nó en lo que se diferencian.

El refrán contiene siempre una enseñanza; el modismo es siempre un tropo; el uno habla á la inteligencia; el otro hiere poderosamente la fantasía, y uno y otro quedan en uso y se saben comunmente de muchos.

El refrán *Amigo Pedro, amigo Juan, pero más amiga la verdad*, y el modismo *Poner una pica en Flandes*, claramente denotan las diferencias señaladas. El primero, que es una frase sentenciosa, de rancio abolengo y sabida comunmente de muchos, encarece la virtud y el poder de la verdad, que debemos poner ante y sobre la amistad misma. El segundo es un modo de dar entender que ejecutamos cosas de difícil desempeño: frase de tan rancio abolengo como la primera y otrosí sabida de muchos.

Los refranes son hijos de la experiencia y de la reflexión; los modismos brotan de la fantasía, rápidos, como las chispas del pedernal. Tropos, metáforas, en el mayor número de los casos, los modismos implican una comparación. Raro será el que á la postre no se resuelva en una frase comparativa.

A las veces el refrán es un modismo. Sirva de ejemplo el citado *Amigo Pedro, amigo Juan, pero más amiga la verdad*. El sentido natural del proverbio es éste: mucho se debe á la amistad, pero mucho más á la verdad. Dicho así, el refrán no pierde nada de su valor. ¿Cuál es, pues, el elemento metafórico que lo convierte en modismo? La representación de la amistad en el *amigo Pedro* y en el *amigo Juan*. Es un modo de decir propio de la fantasía popular que en *Juan* ve el símbolo del hombre, á todos los hombres, el género, sin distinción, añadiendo las más de las veces un apellido que determina la especie, si no ya el individuo. En confirmación de esto, recuérdense muchos modismos de los contenidos en esta obra, en los cuales entra como componente el nombre *Juan*. *Juan de Legases* se dice por el hombre privado de razón; *Juan Frunces* por el hombre de nacionalidad francesa; *Juan sin Miedo* por el hombre temerario; *Juan Soldado* por el hombre que abraza el ejercicio de las armas; y *Juan del Pueblo*, *Juan sin Tierra*, *Juan sin Nombre* y cien más, para denotar cualquier individuo dentro de la especie, cualquier loco, cualquier francés, cualquier soldado, etcétera., etc. Puede decirse casi otro

tanto de los modismos en que juega el nombre de *Pedro*: *Pedro de l Urdemalas*, ó *Urdemaulas*, como escribió Francisco Santos; *Pedro por demás*, *Pero-ganso*, *Pero-tierno* etc., por el entremetido, el zafio y el holgazán.

Véase con cuánta razón el modismo es llamado frase proverbial. Dícese así, no porque encierra una sentencia ó enseñanza, sino porque, sabido y repetido de muchos, tiene la misma autoridad que el proverbio; y no pecaría yo por exceso si dijese que en esa misma autoridad le aventaja. Discútese sobre la falibilidad de los adagios, estando en tela de juicio apotegmas y sentencias; pero todos sin discusión aceptamos el modismo cuando, sabiendo lo que significa, lo aplicamos en tiempo y sazón.

¿Quién, después de lo dicho, se atreverá, como hizo don Iñigo López de Mendoza, á llamar refranes á estas frases que cierto dijeron las viejas tras el fuego, pero que nada tienen de sentenciosas: *Allá va Pedro á aparejar lazos*.—*Acá lo lea Marta con sus pollos*.—*Alonge, dijo Lucía al odre*.—*Abrit, Familia, que con mal os vengo*.—*Don Labeón, que vos llama el Alcalde*.—*¿De dónde á dónde Haja con alvanega?*—*Entra Johán, e baylarás; é él refacio*.—*En ora buena, Antona, fuistes á misma, venistes á nona*.—*Fablat ahí, Antón Gómez*.—*Fallado ha Sancho el su rocín*.—*Muera Samson é quantos con él son*.—*Nos con daño é Mari-Martín con querella*.—*O dentro, ó fuera. Martín sin asno*.—*Si bien, Johan es; si non, Pero como antes*.—*Sobit vos en el poyo, Mari-Martín*.—*Sanet Johan es venido, malaya quien bien nos hizo*.—*Tocose Marihaela, é el colodrillo de fuera?* ¿Quién no verá que las frases citadas son verdaderos modismos, así como son refranes hechos y derechos los siguientes, contenidos en aquella preciosa colección, que sólo por vía de ejemplos aduzco: *Adoba el tu paño e pasarás el tu año*.—*A mengua de pan, buenas son tortas*.—*Buen esfuerzo quebranta mala ventura*.—*Bien sabe el asno en cuya casa rebuzna*.—*Cría el cuervo, sacarte ha el ojo*.—*Más sabe el loco en su hacienda, que el cuerdo en la agena*.—

Obras son querencias.—Pescador de anzuelo, á su casa va con duelo.—Sanan las cuchilladas é non las malas palabras.—Todos los duelos con pan son buenos.

¿Podrán ser tenidos por refranes los siguientes modos de decir, colegidos por el Comendador Hernán Núñez?: *Amigo Horozco, si te vi, no te conozco.—Anica la del peso, que á ducado daba el beso.—Buena está Marta, que dá la paz á vísperas.*

No abusaré de tu paciencia, lector benévolo. Ni tú has menester que te den las cosas con cuchara, ni yo trato en este prólogo de enseñar al que no sabe.

Algo me queda todavía por decirte; y así te pido la venia para seguir enojándote con este prefacio, que se dilata más de lo que yo quisiera.

He desechado frases en que intervienen personajes más ó menos famosos ú afamados, y no he querido darles cabida en este librito, porque si bien son de castizo veduño, empléense en ellos vocablos que la malicia de los tiempos que alcanzamos y la refinada hipocresía de muchos espíritus tildan de indecorosos. Respeto los fallos del público, y el público ha fallado que hoy no es licito usar de voces que salieron, sin mancharlos, de los mismísimos labios de Rojas, el autor de *La Celestina*, y de los de Miguel de Cervantes Saavedra. Por la misma razón no me he atrevido á dar la historia de algunos modismos. Sé por experiencia propia que se acusaría de liviana á mi pluma si copiase algo de lo que escribieron Vicente Espinel y Fray Gabriel Téllez. A otros tiempos, otras costumbres; aunque no sé yo qué te diga sobre cuáles sean mejores, si las nuevas ó las viejas.

He rechazado también modismos que oí en distintos lugares, porque, á mi parecer, faltábales el cuño, esto es, el ser sabidos y repetidos de muchos á manera de proverbio. ¿Dónde, en qué lugar, en cuál rincón, por estrecho y obscuro que sea, si es rincón de España, no brillan el ingenio y la fantasía de sus moradores? A cada instante brota el modismo, la dicción figurada; pero su vida es efímera. Esas frases

apenas salen del recinto donde nacieron, y el pueblo las olvida pronto, tal vez por lo mismo que quien es más rico que un Fúcar, gasta sin temor sus dineros, en la seguridad de que, por muchos que gaste, muchos le quedan por gastar. Esas frases, que no llegaron á ser sabidas y repetidas de todos, ocuparían millares de cuerpos de libros; más para colegirlas serian menester vida y esfuerzos sobrehumanos. Las que en este librejo se contienen, si son viejas y cayeron en desuso, o se registran en colecciones antiguas, ó aparecen en obras literarias de otros siglos, lo cual prueba que en su tiempo fueron sabidas y usadas de todos; y si son modernas, andan de labio en labio, o tomaron carta de naturaleza en algún diccionario.

Sólo tengo que decirte, lector más ó menos benévolo, dos palabras para inteligencia del plan que tracé y seguí en la composición de esta obrilla.

Estampada la frase, señalé con asterisco las que no se registran en el Diccionario de la Academia de la Lengua, con que me ahorré muchas veces la repetición enojosa de estas ó parecidas palabras: «Esta frase no se registra en el Diccionario de la Academia.» Empecé, siempre que la frase está en aquel Diccionario, por consignada literalmente, seguida de la explicación que el mismo da. Añadí las variantes, como aparecen en las colecciones publicadas, principiando por la de D. Iñigo López de Mendoza y acabando en el Diccionario de Modismos de D. Ramón Caballero, de publicación reciente. Aduje luego parajes de obras literarias en que la frase aparece aplicada, unas veces como explicación del modismo, y todas para que pueda juzgarse de su antigüedad. Por último, por vía de entretenimiento, para amenizar la lectura, ó copio ó digo de cosecha propia algo sobre el origen del modismo.

Declaro paladinamente que en esta materia me han servido de mucho las obras de Melera, Covarrubias, Bastús, Sbarbi y Rodríguez Marín, á quienes pido perdón por haberme entrado por sus tierras como por viña vendimiada, ó

como Pedro por su casa. ¡Hubiéranlas rotulado con el con-
sabido *acotado de caza y pesca*, y no me hubiese atrevido
á tanto!

En resumen: toma, lector discreto, esta obra tal y como
te la doy, y no como tú mismo ú otros ingenios la hubiesen
pergeñado; y te ruego muy de veras, que si andando por
esos mundos topas con algún personaje proverbial que no
estuviese incluido en esta colección, lo encamines á esta tu
casa, donde lo agasajaré á medida de su deseo. Considera,
por último, que algo bueno vive en esta obrilla, algo que
yo llamaría *alma española*.

A

EL ABAD DE BAMBA

El Abad de Bamba, lo que no puede comer dalo por su alma.

Ref. que reprende al que sólo da lo que le es inútil ó no le aprovecha. —(D. A. E., 13.^a ed.)

La Real Academia Española registra en la última edición de su Diccionario algunos refranes y modismos que de abades hablan, omitiendo no pocos, entre ellos el que dice: *Adelante está la casa del abad*, explicado por Covarrubias en los siguientes términos: «Yo pienso que este refrán tuvo origen de los seglares, que, llegando á su puerta el pobre ó el peregrino, lo remiten á la casa del cura como á propia suya; pero no se excusan ellos de hacerle caridad alguna, ya que la principal nos toque, y nos hacen buena obra en encaminárnoslos.» *Hernán Núñez* lo comenta así: «En las aldeas, do no hay más de uno, todos preguntan por su casa los que vienen de fuera.»

No está de más, para la mejor inteligencia del modismo, reproducir aquí lo que el citado Covarrubias escribe en su renombrado *Tesoro de la Lengua Castellana*. Abad, dice, significa el mayor, el primero entre todos los Religiosos Monjes de un convento; y añade, que en común llamamos abad á cualquiera sacerdote, reverenciándole como padre.